

Epílogo: **Conociendo a Jesús y Su Palabra**

Anthony Kent

Elevándose sobre las aguas azules del golfo de Nápoles se encuentra el Monte Vesubio. Desde su cumbre de 4,203 pies, hay hermosas vistas de la costa italiana, incluidas Nápoles, Sorrento y la pintoresca isla de Capri. El Vesubio, todavía un volcán activo, es más conocido por la devastadora erupción en el otoño de ANUNCIO 79 que destruyó Pompeya, Herculano, Stabiae, Torre Annunziata y otros asentamientos, aldeas y comunidades en solo unas horas.

En el otoño de ANUNCIO 79, la gente todavía se estaba reconstruyendo de un gran terremoto que había golpeado en ANUNCIO 62. Apenas cuatro días antes de que el Vesubio entrara en erupción, estaba claro que no todo era normal. Había continuos temblores de tierra; Los pozos conocidos por sus abundantes suministros de agua fresca y refrescante estaban secos; y el vapor silbaba de las grietas del suelo. Trágicamente, la gente no evacuó.

Durante la erupción, se estima que el gas, las cenizas y las piedras fueron impulsados a una altura extraordinaria de más de diecinueve millas. Lo más probable es que decenas de miles de personas perdieran la vida en la calamidad.

Sorprendentemente, solo un testigo ocular registra esta tragedia sísmica masiva: Plinio el Joven.¹ En dos cartas al historiador romano Tácito, Plinio el Joven describe la enorme nube en forma de hongo, los escombros que caían del cielo, su rápida acumulación en el suelo y la gente que recurría a atar almohadas a sus cabezas mientras intentaban huir. Observa la oscuridad total, más oscura que cualquier noche, a pesar de que la erupción fue durante el día. Lo más inquietante es que escribe sobre las masas en aumento que corren por sus vidas, frenadas por la gran cantidad de hombres, mujeres y niños que gritan. El olor a azufre, las llamas y los repetidos terremotos, junto con una vívida descripción de lo que solo podría ser un tsunami, figuran en su registro.

Plinio también retrata la inmensidad de la zona cubierta por la nube: "Ciñó [a la lejana] Capri y la hizo desaparecer, ocultó el promontorio de Miseno".²

Tratándose de una región bien poblada, seguramente la enormidad del espectáculo, el estruendo y las trágicas muertes debieron atraer la atención de las multitudes. Pero de los que lograron escapar, el único registrador fue Plinio el Joven.

Desde nuestra perspectiva del siglo XXI, donde miles de millones de personas llevan rutinariamente teléfonos celulares equipados con cámaras capaces de subir inmediatamente cualquier evento, importante o sin importancia, a Internet para verlo globalmente, esto es asombroso. Sin embargo, para ser justos con los que vivían en las cercanías del Vesubio, muy pocos eventos en la antigüedad, incluso episodios significativos, fueron registrados por aquellos que fueron testigos oculares de incidentes específicos.

El testigo

Así como Plinio el Joven se erige en la historia como testigo de la poderosa erupción, Juan, el discípulo amado, es testigo de algo significativamente más grande que el evento volcánico más famoso del mundo. Juan es testigo del ministerio de Jesucristo, el Hijo de Dios. Y John no está solo. Hay otros testigos creíbles, como Mateo, Marcos y Lucas. Lucas les dice a sus lectores que "muchos se han puesto a escribir una narración de las cosas que se han cumplido entre nosotros" (Lucas 1:1).³ En el contexto de la antigüedad, la cantidad de registros confiables que detallan la vida de Jesús es asombrosa. La cantidad y minuciosidad de estos registros resaltan la importancia de Jesús.

Juan estaba obsesionado con ser testigo. En la traducción de la Versión Estándar al Inglés (ESV), la palabra *testigo* aparece veintinueve veces en el Evangelio de Juan. En Mateo y Marcos, *testigo* aparece solo cuatro veces en cada uno; en Lucas, la palabra aparece solo dos veces. Claramente *testigo* y ser testigo son prioridades para Juan.

La verdad también es importante para Juan. Una vez más, esto se tipifica en su vocabulario. La palabra *verdad* se encuentra veintiséis veces en la traducción del cuarto Evangelio. Ningún otro libro de la Biblia usa esta palabra con más frecuencia que el Evangelio de Juan. El libro que usa

verdad el siguiente con más frecuencia es Salmos, que es un volumen considerablemente más grande que Juan, sin embargo, usa *verdad* solo diez veces. Las tres epístolas de Juan usan esa misma palabra un total de veinte veces. Está claro por el uso repetido que la verdad le importa a Juan. Ser testigo es importante para Juan, pero también quiere ser un testigo veraz, quiere revelar la verdad.

Pero Juan no es un testigo para pregonar su propia importancia. No está interesado en recibir ningún elogio o subirse a una ola de fama que pueda resultar en beneficios personales. Para identificarse como testigo o como si hubiera estado presente en un evento, Juan generalmente se refiere a sí mismo discretamente en tercera persona. A veces se llama a sí mismo como "otro discípulo" (Juan 18:15), "ese discípulo" (versículo 15) o "el otro discípulo" (versículo 16; Juan 20:8), y una vez usa "los hijos de Zebedeo" (Juan 21:2), lo que obviamente incluye a él y a su hermano Santiago. En otras ocasiones, se describe a sí mismo como "uno de sus discípulos, a quien Jesús amaba" (Juan 13:23); "el discípulo a quien él [Jesús] amaba" (Juan 19:26); "el otro discípulo, aquel a quien Jesús amaba" (Juan 20:2); "aquel discípulo a quien Jesús amaba" (Juan 21:7); y "el discípulo a quien Jesús amaba" (versículo 20).

Si Jesús me amó, puede amarte a ti

Cuando Juan se llama a sí mismo "el discípulo a quien Jesús amaba", no lo hace para resaltar sus propios atributos, sino las virtudes de Jesús. Jesús es el amoroso en lugar de que Juan sea el digno de ser amado.

Los lectores del Nuevo Testamento saben muy bien que Juan tenía algunos rasgos bastante desagradables. Tenía un temperamento como el de un trueno (Marcos 3:17), probablemente olía a pescado (Lucas 5:2, 10), quería invocar fuego mortal del cielo sobre algunos samaritanos desprevenidos (Lucas 9:52-54) y, con su madre manipuladora, era vergonzosamente ambicioso por una posición prestigiosa (Mateo 20:20, 21). Sin embargo, Jesús amó a Juan y lo transformó en un discípulo modesto, amoroso y adorable.

Este amor que Jesús tiene por Juan no es un amor exclusivo. Juan muestra que Jesús tiene amor y una consideración cariñosa por todas las personas. Este mismo autor escribe lo que quizás sean las porciones más conocidas de la Escritura: "Porque de tal manera amó Dios al mundo..." (Juan 3:16), y "Dios es amor" (1 Juan 4:8). La sencilla pero profunda

articulación del amor de Dios, junto con su milagrosa transformación por Jesús, anima a los lectores de su Evangelio a contemplar: *Si Jesús puede amar a alguien como Juan con esos defectos de carácter, Él puede amarme a mí. Y si el Señor puede transformar a Juan, también me puede transformar a mí.*

Experimentar a Jesús

El énfasis de Juan en el testimonio pasa a primer plano con el capítulo final del libro: Juan 21. Este es un epílogo con propósito. Quiere que sus lectores conozcan a Jesús, no solo que lo sepan *acerca de* Jesús, pero *experiencia* Jesús. Juan había experimentado a Jesús. Él ha sido maravillosamente transformado por Jesús y está ansioso por que todos tengan esa misma experiencia.

Los versículos finales del capítulo anterior establecen la escena: "Y Jesús hizo muchas otras señales en presencia de los discípulos, las cuales no están escritas en este libro; pero éstas se han escrito para que creáis que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y para que, creyendo, tengáis vida en su nombre" (Juan 20:30, 31).

Todo el propósito de Juan al escribir este Evangelio no es solo proporcionar un registro histórico de un evento importante, como la erupción del Monte Vesubio, o evidencia de una creencia intelectual en Jesús. Más bien, Juan quiere que sus lectores creen que Jesús es el Cristo, el Hijo de Dios, y que tendrán vida, vida eterna, una vida mejorada, en Su nombre.

Las palabras iniciales de Juan 21 son significativas: "Después de esto, Jesús se reveló de nuevo a los discípulos junto al mar de Tiberíades, y se reveló de esta manera" (versículo 1). La palabra griega traducida como "revelado" significa "hacer que se haga visible, revelar, exponer públicamente".⁴ Juan usa un lenguaje similar en uno de sus otros libros: Apocalipsis, "la revelación de Jesucristo" (Apocalipsis 1:1). La palabra griega usada en

Apocalipsis 1:1 significa "dar a conocer plenamente, revelación, revelación".⁵ Si bien son palabras diferentes, ambas transmiten un sentimiento similar. Juan quiere revelar a Jesús en toda su gloria. En Juan 2:1-11, al comienzo del ministerio de Jesús, se encuentra el registro de Jesús cambiando el agua en vino. Este pasaje concluye: "Esta fue la

primera de sus señales la hizo Jesús en Caná de Galilea, y manifestó su gloria. Y sus discípulos creyeron en él" (versículo 11).

Jesús resucitado

El capítulo final del Evangelio de Juan es la última de las señales registradas por Juan para revelar la gloria de Jesús resucitado. Juan emplea la repetición, como muchos otros autores de las Escrituras, para enfatizar un punto importante. En Juan 21:1, él repite: "Jesús se reveló a sí mismo . . . él [Jesús] se reveló a sí mismo". Es importante destacar que Juan repite este punto por tercera vez en este capítulo: "Jesús se reveló a los discípulos" (versículo 14).

Juan quiere que la gente vea, escuche, experimente y conozca a este Jesús resucitado.

Juan estuvo en este evento junto al mar de Tiberíades; Vivió el acontecimiento. Quiere llevar a sus lectores a este mismo lugar para que cada lector también pueda experimentar lo que él experimentó esa madrugada junto al mar de Tiberíades con el Jesús resucitado. Para asegurarse de que los lectores reconozcan a Juan como un testigo confiable y veraz, él se identifica repetida pero humildemente como presente de las siguientes maneras:

- "*hijos de Zebedeo*" (versículo 2)
- "*ese discípulo a quien Jesús amaba*" (versículo 7)
- "Pedro se volvió y vio que el discípulo a quien Jesús amaba lo seguía, *el que también se había recostado contra él* durante la cena y había dicho: "*Señor, ¿quién es el que te va a traicionar??*" (versículo 20)
- Cuando Pedro vio *él*, le dijo a Jesús: "Señor, ¿qué hay de esto *hombre?*" (versículo 21)
- Jesús le dijo: "Si es mi voluntad que *él* Quédate hasta que yo venga, ¿qué te importa a ti? ¡Me sigues!" (versículo 22)
- De modo que se difundió entre los hermanos el dicho de que *Este discípulo no iba a morir*; sin embargo, Jesús no le dijo que no debía morir, sino: "Si es mi voluntad que *él* quédate hasta que yo venga, ¿qué te importa a ti? (versículo 23)

- *Este es el discípulo que está dando testimonio de estas cosas, y que ha escrito estas cosas, y sabemos que su testimonio es verdadero.* (versículo 24)
- Ahora bien, también hay muchas otras cosas que Jesús hizo. Si cada una de ellas se escribiera, *Yo Supongamos* que el mundo mismo no pudiera contener los libros que se escribirían (versículo 25).

En efecto, Juan está haciendo una declaración clara a sus lectores: "Soy testigo ocular de estos acontecimientos. Estuve allí, vi estos detalles y escuché estas conversaciones. Sé sobre lo que estoy escribiendo, y estas cosas son verdaderas y precisas".

Al examinar el relato personal de Juan, es razonable imaginar que él y los otros discípulos están hambrientos, agotados y frustrados cuando aparecen las primeras señales del amanecer después de pescar sin éxito en un bote durante la noche. Hay un extraño en la orilla. Está demasiado oscuro para que los discípulos reconozcan la figura distante, pero Juan revela a sus lectores que el Extraño es Jesús. Esto permite a sus lectores presenciar toda la escena a medida que se desarrolla, a medida que el Extraño se revela a los discípulos. Esta escena también es una reminiscencia de Juan 20:11-18, donde Jesús se reveló a María Magdalena después de Su resurrección.

A través de la penumbra del amanecer llega una cortés pregunta del Extraño: "Niños, ¿tienen algún pescado?" (Juan 21:5). Con una mezcla de decepción y vergüenza, los discípulos responden tímidamente: "No". La voz de la orilla entonces dice: "Echa la red a la derecha de la barca, y hallarás algo" (versículo 6). Sin titubeos ni argumentos, lanzaron la red. El Extraño dijo que encontrarían "algunos". En realidad, encontraron más peces de los que siete hombres podían transportar. Aquí hay un mensaje implícito para los discípulos de Jesús de todas las épocas. Las promesas de Dios nos proveen más de lo que podemos imaginar y más de lo que podemos transportar.

Es en este punto del texto que Juan reconoce a la Persona desconocida en la orilla como Jesús. Es como si el hecho de que Jesús llenara milagrosamente una red de pesca vacía, una red que permaneció obstinadamente vacía toda la noche a pesar de los repetidos lanzamientos, fuera la señal reveladora de Jesús para Juan.

Entonces Juan le revela a Jesús a Pedro. La espontaneidad de la respuesta de Pedro es lo que los lectores han llegado a conocer, amar y esperar de Pedro. "Se puso su prenda de vestir exterior, [...] y se arrojó al mar" (versículo 7). Tal era el deseo de Pedro de estar con Jesús. Imaginar a Pedro nadando, chapoteando y corriendo por el agua trae a la mente lo que Pedro le dijo a Jesús en la Última Cena. En un momento durante su conversación con Jesús, Pedro quería que no solo le lavaran los pies, sino también las manos y la cabeza (Juan 13:9). Parece que ese deseo se ha hecho realidad. A medida que avanza Juan 21, los lectores tendrán otra razón para recordar y reflexionar sobre la Última Cena y otra conversación compartida entre Jesús y Pedro.

Desayuno junto al mar

A medida que los discípulos hambrientos y fatigados llegan a la orilla, Jesús les prepara el desayuno. Juan describe el fuego. No se trata de un incendio anodino; John proporciona detalles. Es un fuego de carbón. John describe el menú y cómo se cocina. Los peces se colocan sobre las brasas con pan (v. 9). Solo un poco más de evidencia de que John estuvo allí como participante y como testigo ocular. Juan también comparte otros detalles: se pescaron 153 peces grandes y no se rasgó la red (v. 11).

Jesús invita a los discípulos: "Venid y desayunad" (versículo 12). "Jesús se acercó, tomó el pan y se lo dio, y así con los peces" (versículo 13).

Después del desayuno, Jesús inicia una conversación. Es una conversación difícil pero importante. Juan nos da los detalles: "Cuando terminaron de desayunar, Jesús dijo a Simón Pedro..." (versículo 15). Esta conversación fue en presencia de los discípulos. Tenía que serlo. Elena G. de White explica por qué:

Otra lección que Cristo tenía que dar, refiriéndose especialmente a Pedro. La negación de Pedro de su Señor había estado en vergonzoso contraste con sus anteriores profesiones de lealtad. Había deshonrado a Cristo y había incurrido en la desconfianza de sus hermanos. Pensaron que no se le permitiría ocupar su antigua posición entre ellos, y él mismo sintió que había perdido su confianza. Antes de ser llamado a retomar su obra apostólica, debe dar testimonio de su arrepentimiento ante todos ellos. Sin esto, su pecado, aunque se arrepintiera, podría haber destruido su influencia

como ministro de Cristo. El Salvador le dio la oportunidad de recobrar la confianza de sus hermanos y, en la medida de lo posible, de eliminar el oprobio que había traído sobre el Evangelio.⁶

Esta conversación abierta y honesta entre Jesús y Simón Pedro restauró a Pedro y le dio la oportunidad de expresar su amor genuino por Jesús tres veces. Pero también reveló un amor más grande: el amor de Jesús por Pedro y por toda la humanidad. Pedro, aunque fracasó, no fue desechado, desechado, para no volver a tener un propósito. No, la gracia restauró a Pedro. Pedro tenía responsabilidades muy importantes de alimentar a los corderos de Jesús, cuidar las ovejas de Jesús y alimentar las ovejas de Jesús (versículos 15-17).

La gente que Jesús ama

Este capítulo final de Juan revela a un Salvador resucitado y victorioso que ha vencido al pecado y a Satanás. Su bondad ha triunfado sobre todo mal. En la victoria, Él no es arrogante ni busca la gloria, sino que tiene una gloria muy real, aunque una gloria poco convencional.

Jesús se revela en este capítulo final: ayudando a las personas en su vida diaria, llenando sus redes, cocinando para ellos, buscando su comunión, restaurándolos, perdonándolos y amándolos. Estas personas son personas normales, personas que cometen errores y se arrepienten. Estas son las personas que Jesús ama. Juan, que es profundamente consciente de ser amado por Jesús y que fue testigo de todas estas cosas, dice que así es como se ve "el Verbo [que] se hizo carne y habitó entre nosotros" (Juan 1:14). Esto es lo que Él hace. Él está lleno de gracia y de verdad. Esta es Su gloria.

El llamado final de Juan a sus lectores de todas las épocas es que conozcan a este Jesús, que experimenten su gracia y verdad y que vivan en su amor.

1. Joan Acocella, "El terror y la fascinación de Pompeya", libros, *Neoyorquino* Febrero 10, 2020, <https://www.newyorker.com/magazine/2020/02/17/the-terror-and-the-fascination-of-pompeii>.

2. Cynthia Damon, trad., "Cartas [de Plinio el Joven] a Tácito sobre el Vesubio: Carta 6.20", en Ronald Mellor, *Los historiadores de la antigua Roma: una antología de los principales escritos*, 3ª ed. (Nueva York: Routledge, 2013), 391.

3. A menos que se indique lo contrario, todas las citas de las Escrituras en este capítulo son de la Santa Biblia,

Versión estándar en inglés[®].

4. Walter Bauer, William F. Arndt, F. Wilbur Gingrich y Frederick W. Danker, *Un GriegoInglés Léxico del Nuevo Testamento y Otra Literatura Cristiana Primitiva*, 3ª ed. (Chicago:

University of Chicago Press, 2000), s.v. "φανερῶν" (*Phaneroō*).

5. Bauer, Arndt, Gingrich y Danker, s.v. "ἀποκάλυψις" (*Apokalypsis*).

6. Elena G. de White, *El Deseado de Todas las Gentes* (Mountain View, CA: Pacific Press[®], 1940), 811.